

Tematía, en la embocadura del Pamiso; pero Coron se halla á bastante distancia de este río, pues está construida en una eminencia casi en el mismo lugar donde Pausanias coloca el templo de Apolo Corinto, ó mas bien donde estuvo Colonides (1). En lo interior del golfo de Mesenia se hallan algunas ruinas en las orillas del mar, que pudieran muy bien ser las de la verdadera Coroné, á no ser que pertenezcan á Ino. Coronelli se equivocó al tomar á Coroné por Pedasa, que es Metona, en sentir de Estrabon y Pausanias.

La historia moderna de Coron se parece mucho á la de Modon: Coron fue alternativamente, y en las mismas épocas que aquella, presa de los venecianos, los genoveses y los turcos. Los españoles la sitiaron y arrebataron á los infieles en 1633. Los caballeros de Malta se señalaron en aquel memorable asedio. Vertot incurrió con este motivo en una notable equivocación al tomar á Coron por Queroneo, patria de Plutarco, que no es la Queroneo donde Filipo subyugó la Grecia. Vuelta al poder de los turcos, Coron fue sitiada y tomada de nuevo por Morosini en 1685. En este sitio figuran dos compatriotas míos. Coronelli solo cita al comendador de La Tour, que pereció gloriosamente en él; pero Santiago Diedo habla además del marqués de Courbon. Érame grato hallar las huellas del honor francés desde mis primeros pasos en la verdadera patria de la gloria y de un pueblo que fue tan competente juez del valor. ¿Pero dónde no se hallan sus vestigios? En Constantinopla, en Rodas, en Siria, en Egipto, en Cartago, á donde quiera he llegado, me ha sido mostrado el campamento de los franceses, la torre de los franceses, el castillo de los franceses: el árabe me ha hecho ver las tumbas de nuestros soldados bajo los sicomoros del Cairo, y el siminol bajo los álamos de las Floridas.

Mr. de Choiseul empezó sus cuadros en Coron. Así me conducía la suerte al mismo lugar donde mis compatriotas habían recogido la doble palma del talento y de las armas, con que la Grecia se complacia en coronar sus hijos. Si yo he recorrido sin gloria, aunque no sin honor, las dos carreras en que los ciudadanos de Atenas y de Esparta adquirieron tanta celebridad, me consuelo al pensar que otros franceses han sido mas felices que yo.

Mr. Vial se tomó la molestia de enseñarme á Coron, reducida á un monton de ruinas modernas; me mostró tambien el lugar desde donde los rusos cañonearon la ciudad en 1770, época fatal á la Morea, cuya población esterminaron despues los albaneses. La relacion de los viajes de Pelegrino tiene las fechas de 1715 y 1719, y en ella se ve que el distrito de Coron se extendia entonces á ochenta poblaciones; ignoro si se hallarian actualmente cinco ó seis en el mismo territorio. El resto de aquellos devastados campos pertenece á los turcos, que poseen tres ó cuatro mil piés de olivos, y que devoran en un harem en Constantinopla la herencia de Aristómenes. Mis ojos se arrasaban en lágrimas al ver las manos del griego esclavo inútilmente empapadas en aquellas olas de aceite que prestaban vigor á los brazos de sus padres, para triunfar de los tiranos.

La casa del cónsul dominaba el golfo de Coron; yo veía desde mi ventana el mar de Mesenia teñido del mas brillante azul; á mi frente y al otro lado de aquel mar descollaba la erguida cordillera del Tajeto, cubierta de nieve y comparada con razon por Polibio á los Alpes; pero á los Alpes bajo un cielo mas hermoso. A mi derecha dilatábase la vasta estension del mar, y á mi izquierda, en lo interior del golfo, descubria el monte Itomo aislado como el Vesubio, y como él truncado en su cima. No podia saciarme de contemplar aquel magestuoso espectáculo; porque, ¿qué pensamientos no inspira la vista de esas desiertas costas de

(1) Esta es tambien la opinion de Mr. de Choiseul.

Grecia, donde únicamente se escucha el eterno silbido del mistral y el eterno gemir de las olas! Algunos cañonazos que el capitán-bajá hacia disparar de tiempo en tiempo contra los peñascos de los maniotas, interrumpian tan solo aquellos melancólicos rumores con otro rumor mucho mas melancólico. En toda la estension de las aguas no se descubria otro objeto que la flota de aquel caudillo de bárbaros, trayendo á mi memoria esos piratas americanos que clavan su ensangrentada bandera en una tierra desconocida, al tomar posesion de un país encantador en nombre de la esclavitud y la muerte; ó mas bien creia ver las naves de Alarico, alejándose de la incendiada Grecia y llevando á su bordo los despojos de los templos, los trofeos de Olimpia, y las rotas estatuas de la Libertad y las Artes (2).

Sali de Coron el 12 á las dos de la mañana, colmado de atenciones por Mr. Vial, que me entregó una carta para el bajá de Morea y otra para un turco de Misitra. Embarqueme con José y mi nuevo genízaro en un caique que debia conducirnos á la embocadura del Pamiso, en el interior del golfo de Mesenia. Algunas horas de una deliciosa travesía me llevaron al río mas caudaloso del Peloponeso, donde nuestra barquichuela encalló por falta de agua. El genízaro fue á buscar caballos á Nissi, vasta aldea distante tres ó cuatro millas del mar, subiendo el Pamiso. Este río estaba cubierto de multitud de aves salvajes, cuyos juegos me complacia en observar mientras regresaba el genízaro. Nada seria tan agradable como la historia natural si se la enlazase siempre con la historia del hombre: nos complacería ver las aves de paso abandonar los ignorados pueblos del Atlántico, para visitar los famosos del Eurotas y del Cefiso. La Providencia ha permitido, para humillar nuestra vanidad, que los animales conociesen antes que el hombre la verdadera estension de la morada del hombre: una ave americana escitaba tal vez la atencion de Aristóteles en los ríos de la Grecia, cuando este filósofo no sospechaba siquiera la existencia de un nuevo mundo. La antigüedad nos ofreceria en sus anales multitud de curiosas coincidencias; y veriamos con frecuencia que la marcha de los pueblos y los ejércitos se relacionaba con las desconocidas peregrinaciones de algunas avecillas solitarias, ó con las pacíficas emigraciones de las gacelas y los camellos.

El genízaro volvió á la orilla con un guía y cinco caballos: dos para el guía, y los otros tres para el genízaro, para mí y José. Pasamos á Nissi, que creo haber sido desconocida en la antigüedad. Ví un momento al vaivoda: este era un jóven griego muy afable, que me ofreció dulces y vino: yo no acepté su hospitalidad, y continué mi camino á Tripoliza.

Nos dirigimos al monte Itomo, dejando á la izquierda las ruinas de Mesena. El abad Fourmont, que visitó estas ruinas setenta años há, contó en ella treinta y ocho torres aun en pié. No sé si Mr. Vial me aseguró que subsisten en la actualidad nueve enteras, y un trozo considerable de la tapia del recinto. Mr. Pouqueville, que atravesó la Mesenia diez años antes que yo, no pasó á Mesena. A las tres de la tarde llegamos al pié del monte Itomo, hoy el monte Vulcano, segun dice d'Anville. Examinando esta montaña, me convencí de la dificultad de entender bien los autores latinos, sin haber visto los lugares de que hablan. Es evidente por ejemplo, que Mesena y el antiguo Itomo no podian abrazar el monte en su recinto, y que es preciso explicar la partícula griega *mesen*, como la explica Mr. Levalier hablando de la carrera de Hector y de Aquiles; esto es, que debe traducirse *delante* de Troya y no *alrededor* de Troya.

Atravesamos muchas pequeñas poblaciones: Chafasa,

(2) Véase la descripcion de la Mesenia en los *Mártires*, libro I.

Escala, Ciparisa y algunas otras recién destruidas por el bajá en su última expedicion contra los que llamaba *ladrones*. En todas estas poblaciones solo vi una mujer; y ciertamente no desmentia la sangre de las Heraclidas por su alta estatura y su belleza. La Mesenia fue casi siempre desgraciada: la fertilidad de un país suele ser una ventaja funesta para un pueblo. Al ver la desolacion que en mi derredor reinaba, hubiérase dicho que los feroces lacedemonios acababan de devastar de nuevo la patria de Aristodemo. Un gran hombre se encargó de vengar á otro gran hombre: Epaminondas levantó los muros de Mesena. Desgraciadamente puede acusarse á esta ciudad por la muerte de Filopémen, cuya muerte vengaron los arcadios, y trasladaron las cenizas de sus compatriotas á Megalópolis. Yo pasaba con mi reducida caravana precisamente por los mismos caminos por donde habia pasado el séquito fúnebre del último griego, cerca de dos mil años antes.

Despues de haber caminado á lo largo del Itomo, atravesamos un arroyo que corre al Norte, y que es acaso uno de los manantiales del Balira. Nunca he desafiado á las Musas, y ellas no me han dejado ciego como á Tamiris; y si tengo una lira no la arrojaré á este río, so pena de ser trocado despues de mi muerte en ruiseñor. Quiero continuar mi culto á las nueve Hermanas durante algunos años, pasados los cuales abandonaré sus altares. La corona de rosas de Anacreonte no me sirve de tentacion, pues la corona mas hermosa de un anciano son sus cabellos blancos y los recuerdos de una existencia virtuosa (1).

Andanías debia hallarse mas abajo, en la márgen del Balira. Grato me hubiera sido descubrir á lo lejos el lugar donde se alzaban los palacios de Mérope. Pero Andanías estaba demasiado lejos de nuestro camino, para que yo intentase hallar sus ruinas. Una llanura desigual, cubierta de alta yerba y de yeguas, como las sábanas de la Florida, me condujo al centro del territorio donde se reunen las enhiestas montañas de la Arcadia y de la Laconia. Delante de nosotros descollaba el Liceo, aunque un poco á nuestra izquierda, y probablemente pisábamos el suelo de Estenclara. No oí á Tirteo cantar á la cabeza de los batallones de Esparta; pero en cambio hallé á un turco, ginete en un hermoso caballo, y acompañado de dos griegos que le seguian á pié. No bien me hubo reconocido por mi traje francés, me dijo: «¡Hermoso país para viajar es la Morea! En Francia, desde París hasta Marsella hablaban en todas partes camas y posadas. Estoy muy cansado, pues vengo de Coron por tierra y voy á Leondari. ¿A dónde os encamináis?» Respondíle que iba á Tripoliza. «¡Pues bien! replicó el turco; iremos juntos hasta el kan de las Puertas; pero estoy muy cansado, mi querido señor.» Aquel atento turco era un mercader de Coron que habia ido á Marsella, desde donde pasó á París y regresó á dicha ciudad.

Era de noche cuando llegamos á la entrada del desfiladero, en los confines de la Mesenia, la Arcadia y la Laconia. Dos filas de montañas paralelas forman este Hermeo, que se abre de Norte á Mediodía. El camino se eleva por grados hácia la parte de la Mesenia, y vuelve á bajar con un declive bastante suave hácia la Laconia. Este es quizá el Hermeo donde, segun Pausanias, Orestes, turbado por la primera aparicion de las Euménides, se cortó un dedo con los dientes.

Nuestra caravana no tardó en penetrar en aquel angosto paso. Caminábamos en silencio unos tras otros (2). Este camino, no obstante la espeditiva justificación de su nombre, no me pareció tan angosto como el que describo en el *Mártires*.

(1) El autor escribia en la misma época los *Mártires*, por cuya obra habia emprendido este viaje. Su propósito era renunciar á los asuntos de imaginacion. Puede verse su despedida á la Musa, en el último libro de la citada obra.

(2) Ignoro si este es el mismo Hermeo que Mr. de Pouqueville y sus compañeros de infortunio pasaron al volver de

lucia del bajá, no estaba seguro; y nos hallábamos preparados á cualquier evento contrario. A media noche llegamos al kan, situado en medio del desfiladero; un rumor de agua y un corpulento árbol nos anunciaron esta piadosa fundacion de un servidor de Mahoma. En Turquía todas las instituciones públicas son debidas á los particulares; el Estado nada hace en favor del Estado. Estas instituciones son fruto del espíritu religioso y no del amor á la patria, porque allí no hay patria. Pero es notable que todas estas fuentes, todos estos kans, todos estos puentes se desmoronan y subsisten desde los primeros tiempos del imperio; creo no he encontrado en todo el camino una sola fábrica moderna; de lo que debe inferirse que la religion se debilita entre los musulmanes, y que el estado social de los turcos está próximo á venir al suelo con su religion.

Entramos en el kan por una caballeriza, y una escalera en forma de pirámide invertida, nos condujo á un granero lleno de polvo. El mercader turco se arrojó sobre una estera exclamando: «¡Este es el mas hermoso kan de la Morea! Desde París hasta Marsella hallaba camas y posadas en todas partes.» Procuré consolarle ofreciéndole la mitad de la cena que habia traído de Coron. «¡Ah, mi querido señor! exclamó; estoy tan cansado que me siento próximo á fallecer.» Y esto diciendo, gemia, se mesaba las barbas, enjugábase la frente con un chal y gritaba: «¡Alá!» Sin embargo, comia con gran apetito la parte de cena que primero habia renunciado.

El 13 al amanecer me separé de él y proseguí mi camino. Nuestra carrera era muy lenta, pues en lugar del genízaro de Modon que aspiraba á reventar su caballo, tenia á la sazón otro de muy diferente ralea. Mi nuevo guía era un hombre de escasa estatura, flaco, muy peoso de viruelas, que hablaba en voz baja y con circunspeccion, y tan poseido de la dignidad de su turbante, que hubiera podido tomarse por un re cien poderoso. Tan grave personaje no galopaba sino cuando lo requeria algun caso importante; por ejemplo, cuando descubria á algun viajero. La irreverencia con que yo interrumpia el órden de la marcha, corriendo hácia delante, hácia derecha é izquierda, y á donde quiera creia descubrir algunos vestigios de antigüedad, le disgustaba en extremo, mas no se atrevia á quejarse. Por lo demás, me pareció fiel y bastante desinteresado para ser turco.

Otra causa contribuía á retrasar nuestra marcha: el terciopelo de que José estaba vestido, en medio de la canícula en la Morea, hacia su situacion poco envidiable: al menor movimiento del caballo se enganchaba en la silla, su sombrero caía á un lado y sus pistolas á otro; era preciso recoger todo y colocar de nuevo á caballo al desdichado José, cuyo bondadoso carácter brillaba mas en medio de tales trabajos, siendo inalterable su buen humor. Empleamos, pues, tres horas mortales en salir del Hermeo, bastante parecido en esta parte al paso del Apenino entre Perusa y Terni, y entramos en una llanura cultivada que se estiende hasta Leondari. Nos hallábamos en la Arcadia y en la frontera de la Laconia.

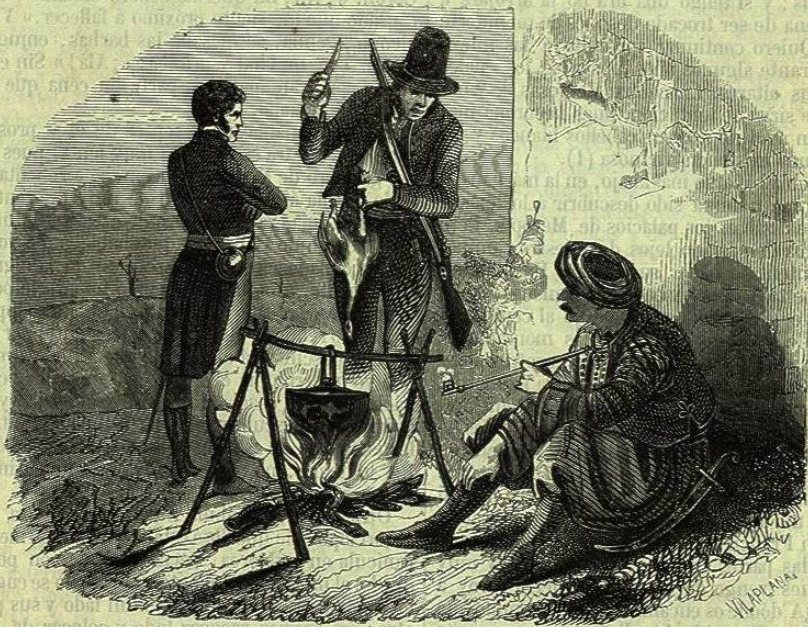
Conviénese generalmente, á pesar de la opinion de d'Anville, en que Leondari no es Megalópolis, y se asegura que aquella es la antigua Leuctres de la Laconia; y esta es la opinion de Mr. Barbie del Bocage. ¿Donde, pues, está Megalópolis? Tal vez en la aldea de Sinano. Hubiera sido preciso salir de mi camino y hacer indagaciones estrañas al objeto de mi viaje. Megalópolis, que por otra parte no es célebre por ninguna accion memorable, ni por ninguna obra maestra de las artes, solo hubiera atraído mi curiosidad como monumento del genio de Epaminondas, y como patria de Filopémen y Polibio.

Navarino. Véanse para la descripcion de esta parte de la Mesenia los *Mártires*, lib. XIV.



Dejando á mi derecha á Leondari, ciudad enteramente moderna, atravesamos un antiguo bosque de encinas verdes, resto venerable de un bosque sagrado: un enorme buitre, posado en la copa de un árbol seco, parecía esperar aun el paso de un augur. Vimos al sol levantarse sobre el monte Boreo, y nos apeamos al pié de este monte para subir por un camino practicado en los peñascos. Estos caminos se llaman: *Caminos de la Escala en Arcadia*.

No he podido reconocer en la Morea ni los caminos griegos ni las vias romanas. Unas calzadas turcas, de dos piés y medio de ancho, sirven para atravesar los terrenos bajos y pantanosos; y como no hay en toda esta parte del Peloponeso un solo trasporte de ruedas, dichas calzadas bastan para los asnos y los caballos de paisanos y soldados. No obstante, Pausanias y el mapa de Peutinger señalan muchos caminos en los lugares por donde pasé, especialmente en las inmediaciones de Mantinea. Bergier los ha seguido muy bien en sus *Caminos del Imperio*.



COCINA DE JOSÉ Y DEL GENÍZARO.

de los griegos? ¿Esos aires son antiguos? Y si lo son, ¿pertenece á la segunda escuela de la música entre los griegos, ó se remontan hasta el tiempo de Olimpio? Abandono estas cuestiones á los inteligentes. Pero me parece oír aun el canto de mis desgraciados guías, de noche, de día, al salir, al ponerse el sol, en las soledades de la Arcadia, en las márgenes del Eurotas y en los desiertos de Argos, de Corinto y de Megara: lugares donde no resuena ya la voz de las Ménades, donde han enmudecido los conciertos de las Musas, donde el infortunado griego parece deplora tan solo en tristes canciones las calamidades de su patria.

A tres leguas de Tripoliza hallamos á dos oficiales de la guardia del bajá que, como yo, corrían en posta. Menudeaban rudos latigazos sobre los caballos y sobre el postillon; detuvieronse al verme y me pidieron mis armas, que yo me negué á entregarles. El genízaro me hizo decir, por medio de José, que aque-

Nos hallábamnos en la inmediación de uno de los manantiales del Alfeo: yo media ávidamente con la vista los barrancos que encontraba, pero todo estaba mudo y desierto. El camino de Boreo á Tripoliza atraviesa primero llanuras desiertas, y penetra despues en un largo valle pedregoso. El sol nos abrasaba; en algunos escasos y quemados matorrales descansaban las cigarras, que enmudecian á nuestra aproximacion, y tornaban á su chirrido cuando habíamos pasado; oíase únicamente este monotonó rumor, el paso de nuestros caballos y la eterna cancion de nuestro guía, pues cuando un postillon griego monta á caballo, empieza un canto que dura todo el viaje. Este canto es por lo regular una larga historia rimada que distrae los pesares de los descendientes de Lino; las estrofas son numerosas y su tono melancólico; se parece bastante á los aires de los antiguos romances franceses.

¿Estos cantos habrán sido introducidos en la Morea por los venecianos? ¿O bien los franceses, que sobresalen en el romance, se han encontrado con el genio

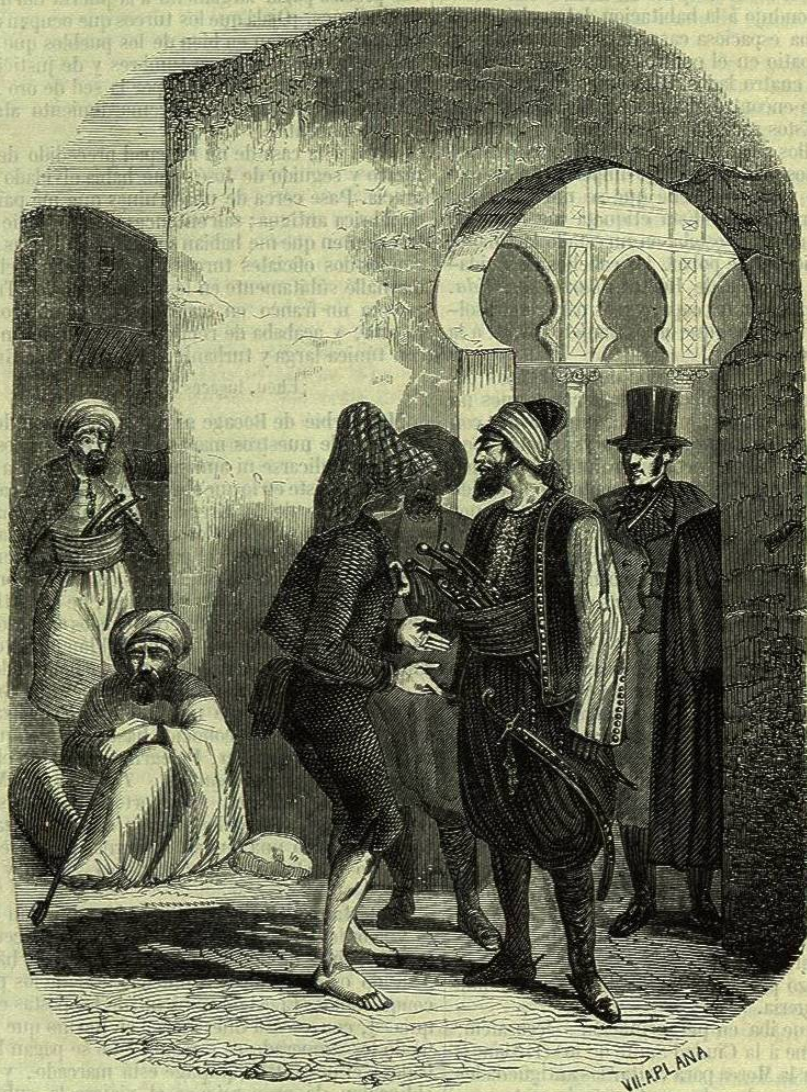
lla peticion no era sino un mero objeto de curiosidad, y que yo podia pedir las armas de los oficiales. A esta condicion me brindé á complacer á los safis: cambiamos, pues, de armas: ellos examinaron mucho tiempo mis pistolas, y concluyeron por arrojárme las por encima de la cabeza.

Habiásemme advertido, que no tolerase chanzonetas de ningun turco, sino queria esponerme á mil perances. En lo sucesivo reconocí muchas veces cuán útil era este consejo: un turco es tan taimado si ve que no se le teme, cuanto es insultante si advierte que inspira temor. Por lo demás, no hubiera necesitado de advertencia alguna en aquel lance, pues la chanzoneta me habia parecido bastante pesada para no devolvérsela en el acto. Metiendo espuela á mi caballo, corrí hácia los turcos y les disparé de través sus propias pistolas, tan cerca del rostro, que el cebo quemó los bigotes del safi mas jóven. Entonces tuvo

lugar una esplicacion entre aquellos oficiales y el genízaro, que les dijo que yo era francés; despues de esto no hubo género de atenciones turcas que no me dispensasen: me ofrecieron la pipa, cargaron mis armas y me las devolvieron. Yo creí debia conservar la superioridad que me concedian, é hice meramente cargar sus pistolas por José. Aquellos dos atolondrados me invitaron á correr con ellos, pero no accedí á su deseo

y se alejaron. Ahora se verá que yo no era el primer francés de quien habian oido hablar, y que su pachá conocia bien á mis compatriotas.

Puede leerse en Mr. Pouqueville una descripcion exacta de Tripoliza, capital de la Morea. Yo no habia visto aun una ciudad enteramente turca: los techos encarnados de esta, sus minaretes y sus cúpulas me impresionaron agradablemente al primer golpe de vis-



JOSÉ NO ES ADMITIDO Á LA AUDIENCIA DEL PACHÁ

ta. Tripoliza, no obstante, está situada en una parte bastante árida del valle de Tejea, y debajo de una de las crestas del Ménalo, que me pareció despojada de árboles y de frondosidad. Mi genízaro me condujo á la casa de un griego, amigo de Mr. Vial. Este cónsul, como he dicho, me habia dado una carta para el pachá. Al dia siguiente de mi llegada, 15 de agosto, fui á ver al dragoman de su Escelencia, y le supliqué me hiciese entregar lo mas pronto posible el firman de

posta y la órden necesaria para atravesar el istmo de Corinto. Este dragoman, jóven dotado de un exterior fino y distinguido, me respondió en italiano que se hallaba enfermo, y que el pachá acababa de entrar en su harem; que no se hablaba en aquellos términos á un pachá, y que era preciso esperar, pues los franceses tenian siempre mucha prisa.

Repliquéle que solo habia pedido los firmanes por mera fórmula, pues mi pasaporte francés me bastaba



para viajar por la Turquía, entonces en paz con mi país, y que supuesto no había tiempo para despacharme, partiría sin los firmanes y sin entregar al pachá la carta del consúl.

Dicho esto, salí presuroso. Dos horas después, el dragoman me hizo llamar; le hallé mas afable, bien fuese porque en mi lenguaje me tomase por un personaje de importancia, bien porque temiese que hallara algún medio de hacer llegar mis quejas á su amo: me dijo que iba á dirigirse á casa de su grandeza y á hablarle de mi negocio.

En efecto, dos horas después un tártaro vino á buscarme y me condujo á la habitación del pachá, cuyo palacio era una espaciosa casa de madera cuadrada, con un gran patio en el centro, y unas galerías que miraban á sus cuatro lados. Hizoseme esperar en una sala, en donde encontré algunos papas y al patriarca de la Morea. Estos sacerdotes y su patriarca hablaban mucho, y en ellos se advertían las envilecidas maneras de los cortesanos griegos del Bajo-Imperio. En los movimientos que veía, sospeché que se me preparaba una brillante recepción. Esta etiqueta me era muy enojosa, pues mi traje estaba en un estado lastimoso; mis botas cubiertas de polvo, los cabellos descuidados y la barba como la de Héctor: *barba squalida*. Habíame embozado en mi capa, y mas parecía un soldado que sale del vivac, que un extranjero que va á la audiencia de un magnate.

José, que decía ser conocedor de las pompas del Oriente, me había obligado á tomar la capa, pues mi traje corto le disgustaba, y quiso acompañarme con el genízaro, para honrarme. Me seguía sin botas, con piernas y pies desnudos, y con un pañuelo encarnado encima del sombrero. Desgraciadamente fue detenido á la puerta del palacio en este singular vestido, pues los guardias no quisieron dejarle pasar: y me daba tal impulso de risa, que nunca pude reclamarle con seriedad. Su pretensión al turbante le perdió, y solo desde lejos vió las grandezas á que había aspirado.

Después de dos horas de espera, de tedio y de impaciencia, fui introducido en la sala del pachá, hombre como de cuarenta años, de hermoso aspecto, sentado ó mas bien tendido sobre un diván, vestido de un cafetan de seda, ostentando en la cintura un puñal adornado de diamantes, y en la cabeza un turbante blanco. Un viejo de luengas barbas ocupaba respetuosamente un asiento á su derecha (era tal vez el verdugo); el dragoman griego estaba sentado á sus pies; tres pajes en pié tenían unas pastillas de ambra, unas tenacillas de plata y fuego para la pipa. Mi genízaro se quedó á la puerta de la sala.

Me adelanté, y saludé á su Excelencia poniendo la mano sobre mi corazón; le presenté luego la carta del consúl, y usando del privilegio de los franceses, me senté sin esperar la orden.

Osman me hizo pregunta de donde venía, á donde iba, y lo que quería.

Respondí que iba en peregrinación á Jerusalén; y que, al dirigirme á la Ciudad-Santa de los cristianos, había pasado por la Morea para visitar las antigüedades romanas, (1) y que deseaba un firman de posta para procurarme caballos, y una orden para atravesar el istmo.

El pachá me dió la bien-venida y me dijo que podía ver todo lo que quisiera y que me espediría los firmanes. Preguntéme luego si era militar, y si había hecho la guerra en Egipto.

Esta pregunta me hizo titubear, pues ignoraba con qué intención me había sido dirigida. Respondí que en otro tiempo había servido con las armas á mi país, pero que nunca había estado en Egipto.

Osman me sacó al punto de aquel compromiso, pues

(1) Todo lo que se refiere á los griegos, y estos mismos, tienen el nombre de *romanos* entre los turcos.

me dijo con franqueza que había sido hecho prisionero por los franceses en la batalla de Abukir; que había sido tratado muy bien por mis compatriotas, y que nunca los olvidaría.

Yo no esperaba el honor de ser invitado á tomar café; pero lo obtuve. Quejéme entonces del insulto hecho á uno de mis dependientes, y Osman me propuso hacer dar en mi presencia veinte palos al delis que había detenido á José. Rehusé este desagravio y me di por satisfecho con la buena voluntad del pachá. Salí de mi audiencia muy contento: es verdad que me fue preciso pagar largamente á la puerta tan lisonjeras distinciones. ¡Ojalá que los turcos que ocupan elevados puestos empleasen en bien de los pueblos que gobiernan, esta sencillez de costumbres y de justicia! Pero son unos tiranos devorados por la sed de oro, y para satisfacerla derraman sin remordimiento alguno la sangre inocente.

Volví á la casa de mi huésped precedido de mi genízaro y seguido de José, que había olvidado su desgracia. Pasé cerca de unas ruinas que me parecieron de fábrica antigua; salí entonces de la especie de distracción en que me habían sumido las últimas escenas con los dos oficiales turcos, el dragoman y el pachá; me hallé súbitamente en los campos de los Tegeates; yo era un franco en traje corto y sombrero de copa alta, y acababa de recibir audiencia de un tártaro con túnica larga y turbante, en medio de la Grecia!

¡Eheu, fugaces labuntur anni!

Mr. Barbié de Bocage se queja con razon de la inexactitud de nuestros mapas de Morea, en los cuales suele no indicarse ni aun su capital. La causa de esta incuria consiste en lo que el gobierno turco ha cambiado en esta parte de la Grecia. Antiguamente había un sangiac que residía en Coron. Habiendo sido la Morea trocada en pachalato, el pachá fijó su residencia en Tripoliza, como en un punto mas céntrico. Por lo que toca á la hermosura de la situación, he advertido que los turcos son bastante indiferentes á los encantos de los lugares: en este punto no tienen el buen gusto de los árabes, á quienes cautiva siempre la belleza del cielo y de la tierra, y lloran todavía á su perdida Granada.

No obstante, aunque muy oscura, Tripoliza no ha sido enteramente desconocida hasta Mr. Pouqueville, que escribió *Tripolizza*; Pelegrino habla de ella y la llama *Tropolizza*; d'Anville, *Trapolizza*; Mr. de Choiseul, *Tripolizza*, cuya ortografía han seguido otros viajeros. D'Anville observa que Tripoliza no es Mantinea, sino una ciudad moderna que parece haber sido construida entre Mantinea, Tejea y Orcomena.

Un tártaro me trajo aquella noche mi firman de posta y la orden para pasar el istmo. Al establecerse sobre las ruinas de Constantinopla, los turcos han conservado ostensiblemente muchos usos de los pueblos conquistados. El establecimiento de las postas en Turquía es, con escasa diferencia, el mismo que habían fijado los emperadores romanos: no se pagan los caballos; el peso del equipage está marcado, y hay la obligación de proporcionar al viajero la subsistencia, etc. Yo no quise usar de estos magníficos pero odiosos privilegios, cuyo peso gravita sobre un pueblo desgraciado, yo pagaba en todas partes mis caballos y mi sustento, como un viajero sin proteccion y sin firman.

Siendo Tripoliza una ciudad, completamente moderna, salí de ella el 15 para Esparta, á donde ansiaba llegar. Érame preciso, por decirlo así, desandar lo andado, lo que no hubiera sucedido si hubiese desde luego visitado la Laconia al pasar por Calamata. A una legua hacia el Poniente, al salir de Tripoliza, nos detuvimos para ver las ruinas de un convento griego destruido por los albaneses en tiempo de la guerra de los rusos; pero en sus paredes se descubren trozos de

una hermosa arquitectura y algunas piedras cubiertas de inscripciones incrustadas en la sillería. Intenté durante algun tiempo leer una, colocada á la izquierda de la puerta principal de la iglesia; las letras eran del buen tiempo, y la inscripcion me pareció estar en bústrofedon, lo que no siempre anuncia una remota antigüedad; los caracteres estaban invertidos por la posición de la piedra, que además estaba rota, colocada á mucha altura y cubierta en parte de argamasa. Nada pude descifrar, exceptuando la palabra TETEATEE, que me causó casi tanta alegría como si hubiese sido miembro de la Academia de las Inscripciones. Tejea debió hallarse en las inmediaciones de aquel convento, y en los campos cercanos se encuentran muchas medallas. Compré tres á un paisano, que no me suministraron dato alguno, aunque me las vendió á gran precio. Los griegos empiezan á conocer el valor de sus antigüedades, á fuerza de ver viajeros.

No debo olvidar que, vagando entre aquellos escombros, descubrí una inscripcion mucho mas moderna: el nombre de Mr. Fauvel escrito con lápiz en una pared. Es preciso ser viajero para saber cuanto placer se experimenta al hallar de repente en lugares distantes y desconocidos un nombre que nos recuerda la patria.

Continuamos nuestro camino entre el Norte y el Occidente. Después de haber atravesado por espacio de tres horas por unos terrenos medio cultivados, entramos en un desierto cuyo limite es el valle de la Laconia. El cauce seco de un torrente nos servia de camino, y este nos conducía á través de unas montañas poco altas, todas parecidas entre sí, y que solo presentaban en su estension unas cimas descarnadas y unas vertientes cubiertas de extrañas encinas. En la margen del seco torrente y casi en el centro de aquellos montecillos, hallamos un kan á la sombra de dos plátanos, refrescado por una fuente. Dimos descanso á nuestros caballos, que hacia diez horas montábamos. No encontramos otro alimento que leche de cabra y algunas almendras. Volvimos á emprender nuestra marcha antes de ponerse el sol, y nos detuvimos á las once de la noche á la entrada de un valle y á la orilla de otro torrente, de escaso raudal.

Nuestro camino no atravesaba ningun lugar célebre; había servido, á lo mas, á la marcha de las tropas de Esparta, cuando iban á combatir con las de Tejea en las primeras guerras de Lacedemonia. No se hallaba en aquel camino sino un templo de Júpiter-Escotitas, hacia el pasaje de los Hermos; el conjunto de aquellas montañas debía formar diferentes ramificaciones del Parnon, del Cronio y del Olimpo.

El 16, al rayar el alba, embridamos nuestros caballos; el genízaro hizo su oracion, se lavó los codos, la barba y las manos, se volvió hacia el Oriente como para llamar la luz, y partimos. Adelantando hacia la Laconia, las montañas empezaban á elevarse y á cubrirse de algunos bosquecillos; los valles eran estrechos y entrecortados; algunos me recordaron, aunque en menor escala, la gran Cartuja y sus magnificas cercanías de bosques. A medio dia descubrimos un kan, tan mezquino como el del dia anterior, aunque estaba adornado con el pabellon otomano: estas eran las únicas habitaciones que habíamos encontrado en un espacio de veinte y dos leguas; mas, la fatiga y el hambre nos obligaron á permanecer en aquella sucia morada mas tiempo de lo que hubiera querido. El dueño, turco viejo de barba desalinada, estaba sentado en un granero que dominaba los establos del kan; las cabras subian hasta él y le rodeaban con sus inmundicias. Recibíonos en aquel lugar para él de recreo, y no se dignó levantarse de su muladar para hacer dar alguna vianda á unos perros cristianos; dió un grito terrible, y un pobre muchacho griego, enteramente desnudo é hinchado por la calentura y los latigazos, fue á traernos leche de oveja en una vasija repugnante por su desaseo, y aun me ví precisado á salir para

beberla con algun desahogo, porque las cabras y los cabritos me asediaban para arrancarme un pedazo de bizcocho que en la mano tenía. Yo había comido el oso y el perro sagrado entre los salvajes; participé después de los manjares de los beduinos; pero nunca he hallado cosa comparable á aquel primer kan de la Laconia. Y esto ocurría casi en aquellos mismos lugares donde pacían los rebaños de Menelao, y donde este ofreció un banquete á Telémaco: «Gran animacion reinaba en el palacio del rey; los servidores traían las víctimas, y además un vino generoso, mientras sus mujeres, ceñida la frente de cintas puras, preparaban los manjares. (1)»

Abandonamos el kan á las tres de la tarde, y á las cinco llegamos á un grupo de montañas desde donde descubrimos á nuestro frente el Tajeto, que ya había visto desde el lado opuesto, á Misitra, construida á sus piés, y el valle de la Laconia.

Bajamos luego por una especie de escalera practicada en la roca como la del monte Boreo. Descubrimos un puente ligero y de un solo arco, elegantemente echado sobre un riachuelo y que reunía dos erguidas colinas. Al llegar á orillas del rio, vadeamos sus cristalinas aguas á través de altos cañaverales y de hermosas adelfas en flor. El rio que sin conocerlo vadeaba, era el Eurotas. Un tortuoso valle se estendia á nuestra vista, rodeando muchos montecillos de figura casi igual, y que parecían montes artificiales. Penetramos en aquellas sinuosidades, y al caer el dia llegamos á Misitra.

Mr. Vial me había dado una carta para uno de los turcos principales, llamado Ibraim-Bey. Nos apeamos en su patio, y sus esclavos me introdujeron en la sala de los extranjeros, que estaba llena de musulmanes, que eran como yo, viajeros y huéspedes de Ibraim. Yo me senté en el diván en medio de ellos, y como ellos colgué mis armas en la pared sobre mi cabeza; José y mi genízaro hicieron lo mismo. Nadie me preguntó quien era, ni de donde venia; todos continuaron fumando, durmiendo ó conversando con el que á su lado tenia, sin mirarme.

Ibrahim llegó, pues le había sido entregada la carta de Mr. Vial. Nuestro huésped, hombre de sesenta años, tenia un aspecto de afabilidad y franqueza. Acercóse á mí, me tomó afectuosamente la mano, me bendijo, intentó pronunciar la palabra *bueno*, medio en francés, medio en italiano, y se sentó á mi lado. Habló en griego á José, y me hizo rogar le escusase si no me recibía con tanto aparato como hubiera querido, pues tenia un hijo enfermo; un *figliuolo* repetía en italiano; y esto le hacia volver la cabeza: *mi fa tornar la testa*; y apretaba su turbante con ambas manos. Ciertamente no era la ternura paternal, en toda su sencillez, lo que yo hubiera ido á buscar á Esparta; y un tártaro viejo mostraba este hermoso sentimiento sobre el sepulcro de aquellas madres que decían á sus hijos al entregarles el escudo: *Volved con él, ó sobre él*.

Ibrahim me dejó después de algunos momentos para ir á cuidar de su hijo, y mandó se me trajese la pipa y el café; pero como la hora de la comida había pasado, no se me sirvió manjar alguno, lo que me hubiera causado no pequeño gozo, porque estaba casi en ayunas hacia veinte y cuatro horas. José sacó de su alforja un salchichon que devoraba á hurtadillas de los turcos, y lo ofrecía por lo bajo al genízaro, que desviaba de él sus ojos con una mezcla de pesadumbre y de horror.

Tomé mi partido: tendime sobre el diván en el ángulo de la sala. Una ventana con una reja de cañas, miraba al valle de la Laconia en el cual la luna derramaba una admirable claridad. Apoyado sobre el codo recorria con la vista el cielo, el valle, las cimas bri-

(1) Odisea, lib. iv.



llantes y sombrías del Tajeto, según su posición respecto del astro de la noche. Apenas podía persuadirme de que respiraba en la patria de Helena y Menelao, y me entregaba á esas reflexiones que todos pueden hacer, y yo más que otro, acerca de las vicisitudes humanas. ¡Cuántos lugares habían visto ya mi sueño, ora tranquilo, ora agitado! ¡Cuántas veces, á la claridad de las mismas estrellas, en los bosques de América, en los caminos de Alemania, en las malezas de Inglaterra, en los campos de Italia y en medio del mar, me había abandonado á los mismos pensamientos, relativamente á los vaivenes de la vida!

Un turco viejo, hombre, á lo que parecía, de alta gerarquía, me sacó de aquellas reflexiones para probarme de un modo aun más palpable que me hallaba distante de mi país. Hallábase tendido á mis pies en el diván, donde se revolvía, se sentaba, suspiraba, llamaba á sus esclavos y los despedía, pues esperaba el día con impaciencia. El día llegó (17 de agosto): el tártaro, rodeado de sus erizados, unos de rodillas, otros en pie, se desdijó su turbante, se miró en un pedazo de espejo, peinó su barba y sus bigotes y se frotó las mejillas para animarlas. Después de haber cuidado de su tocador, salió arrastrando magestuosamente sus babuchas, y dirigiéndome una mirada de desprecio.

Mi huésped entró poco después, trayendo en brazos á su hijo. Este pobre niño, amarillento y devorado por la calentura, estaba enteramente desnudo, y de su cuello pendían varios amuletos. Ibrahim lo puso sobre mis rodillas, y me fue preciso oír la historia de la enfermedad: el desgraciado niño había tomado toda la quina de la Morea, y había sido sangrado (este era su mal); su madre le había aplicado hechizos y había colgado su turbante en la tumba de un santón; pero sin resultado alguno. Ibrahim concluyó preguntándome si conocía algún medicamento; esto me hizo recordar que en mi niñez había sido curado de una calentura á beneficio de la centáurea menor, por lo cual aconsejé el uso de esta planta como hubiera podido hacerlo el médico más grave. ¿Pero quién conocía la centáurea menor? José habló largamente sobre el asunto, y yo sostuve que este vegetal había sido descubierto por cierto médico de aquellas inmediaciones, llamado *Chiron*, que recorría á caballo las montañas. Un griego declaró que había conocido á Chiron, natural de Calamata, y que solía montar un caballo blanco. Mientras celebrábamos esta consulta, vimos entrar á un turco en quien reconocí un jefe de la ley por su turbante verde. Acercóse á nosotros, y tomando la cabeza del niño entre sus manos pronunció devotamente una oración; tal es el carácter de la piedad: es tierna y respetable aun en las religiones más funestas.

Yo había enviado al genízaro á buscarme caballos y un guía, para visitar primero á Amiclea, y luego las ruinas de Esparta, donde creía hallarme; mientras esperaba su vuelta. Ibrahim me hizo servir una comida á la turca. Yo seguía reclinado en el diván; pusieronme delante una mesa en extremo baja, y un esclavo me dió los útiles necesarios para lavarme; trajeron luego en una fuente de madera un pollo en arroz, que comí con los dedos. Después se me sirvió una especie de asado de carnero en una fuente de cobre, y luego algunos higos, aceitunas, uvas y queso, al cual, según cree Guillet, (1) debe Misitra su nombre actual. Entre plato y plato, un esclavo me derramaba agua en las manos, y otro me presentaba una toballa de lienzo grosero, pero muy blanco. Neguéme á beber vino por urbanidad, y después del café me ofrecieron jabón para los bigotes.

El jefe de la ley me hizo dirigir muchas preguntas

(1) Mr. Scofani ha seguido esta opinión. Si Esparta debía su nombre á las retamas de su territorio, y no á Esparta, hijo de Amicléo ó á Esparta, esposa de Lacedemon, Misitra puede bien deber el suyo á un queso.

durante la comida, por medio de José; quiso saber el por qué viajaba, no siendo comerciante ni médico. Respondí que viajaba para visitar los pueblos, y especialmente á los griegos que habían muerto. Esta respuesta le hizo reír, y me replicó que, pues había ido á Turquía, hubiera debido aprender el turco. Hallé una razón más convincente para él de mis viajes, diciéndole era un peregrino de Jerusalén. «¡Hadgi!»; hadgi!» (2) exclamó; y quedó plenamente satisfecho. La religión es una especie de idioma universal que todos los hombres entienden. Aquel turco, que no podía comprender que yo abandonase mi patria por una mera curiosidad, juzgó muy natural que emprendiese un largo viaje para ir á orar á una tumba y para pedir á Dios alguna prosperidad ó el término de algún infortunio. Ibrahim, que al presentarme su hijo me había preguntado si los tenía, estaba persuadido de que iba á Jerusalén para alcanzarlos. He visto á los salvajes del Nuevo-Mundo mostrarse indiferentes á sus modales extranjeros, y atraídos tan solo, como los turcos, por mis armas y mi religión; esto es, por los dos objetos que protegen al hombre en sus relaciones espirituales y corporales. Este unánime asentimiento de los pueblos acerca de la religión, y esta sencillez de ideas me han parecido dignas de ser observadas.

Por lo demás, aquella sala llena de extranjeros donde comía, presentaba una escena bastante tierna y que recordaba las antiguas costumbres del Oriente. No todos los huéspedes de Ibrahim eran ricos; muy lejos de esto, muchos eran verdaderos mendigos; y no obstante, estaban sentados en el mismo diván con los turcos que tenían gran séquito de esclavos y caballos. José y mi genízaro eran tratados como yo, aunque sin embargo, no se les había sentado á mi mesa. Ibrahim saludaba igualmente á sus huéspedes, hablaba con todos y á todos hacia dar de comer. Allí había pordioseros cubiertos de harapos, á quienes algunos esclavos servían respetuosamente el café. En esto se reconocen los caritativos preceptos del Alcorán, y la virtud de la hospitalidad aprendida de los árabes por los turcos; pero esta fraternidad del turbante no pasa del dintel de la puerta; y esclavo hay á quien, después de beber el café con su huésped, este manda le corten la cabeza. No obstante, he leído y me han dicho que en Asia existen aun algunas familias turcas en las que reinan las costumbres, la sencillez y la inocencia de las primitivas edades; lo creo así, porque Ibrahim es ciertamente uno de los hombres más respetables que he hallado en mi vida.

El genízaro volvió con un guía que me ofrecía caballos, no solo para Amiclea, sino también para Argos, y me pidió una cantidad que acepté. El jefe de la ley, testigo del ajuste, se levantó colérico, y me hizo decir que puesto que yo viajaba para conocer los pueblos, supiese que me las había con unos bribones; que aquellos hombres me robaban y estafaban. Salí lleno de indignación, y conocí que se sentía menos animado por un espíritu de justicia, que irritado de mi estupididad.

A las ocho de la mañana partí para Amiclea, hoy Esclabochorion; acompañaronme un nuevo guía y un cicerone griego, hombre muy honrado pero muy ignorante. Tomamos el camino de la llanura al pie del Tajeto, siguiendo unos reducidos senderos cubiertos de sombra, y muy agradables, que atravesaban unos jardines regados por los arroyos que bajaban de las montañas, y plantados de moreras, higueras y sicómoros. Creían también allí muchas sandías, uvas, cohombros y diferentes clases de yerbas; á juzgar por la hermosura del cielo y la especie de cultivo, un viajero hubiera podido creerse en las inmediaciones de Chambery. Atravesamos el Tiaso y llegamos á Amiclea, donde solo hallé una docena de capillas griegas des-

(2) ¡Peregrino! ¡peregrino!

truidas por los albaneses y colocadas á escasa distancia entre sí, en medio de unos campos cultivados. El templo de Apolo, el de Eurotas en Orga y el sepulcro de Jacinto han desaparecido. Ninguna inscripción pude descubrir; no obstante, busqué con ahínco el famoso necrologio de las sacerdotisas de Amiclea, que el abad Fourmont copió en 1731 ó 1732, y que presenta una serie de cerca de mil años antes de Jesucristo. Las destrucciones se multiplican con tal rapidez en la Grecia, que por lo regular un viajero no encuentra el menor vestigio de los monumentos que otro viajero admiró algunos meses antes. Mientras buscaba fragmentos de ruinas antiguas, entre montones de ruinas modernas, vi llegar á unos paisanos conducidos por un papas; y levantando una tabla aplicada á la pared de una de las capillas, entraron en un santuario que aun no había visitado. Tuve la curiosidad de seguirles, y vi que oraban con sus sacerdotes en aquellas ruinas, cantando la letanía delante de una imagen de la Paganía, pintarrajeada de encarnado en una pared azul. Mucho se diferenciaba esta fiesta de las que se celebraban en honor de Jacinto; pero la triple pompa de las ruinas, de los infortunios y de las oraciones dirigidas al verdadero Dios, borraba á mis ojos todas las grandezas de la tierra.

Mis guías me instaban á que partiese, porque nos hallábamos en la frontera de los maniotas, que, no obstante las relaciones modernas, son unos insignes ladrones. Volvimos á pasar el Tiaso y regresamos á Misitra por el camino de la montaña. Destruiré aquí un error que no deja de oscurecer los mapas de la Laconia. Damos indiferentemente el nombre moderno de *Iris* ó *Vasilipotamos* al Eurotas. La Guilletiere ó por mejor decir, Guillet, no sabe donde Níger ha tomado el nombre de *Iris*; y Mr. Pouqueville se muestra igualmente sorprendido de este nombre. Níger y Melecio, que escriben *Neris* por corruptela, no se equivocan del todo. El Eurotas es conocido en Misitra con el nombre de *Iri* (y no *Iris*), hasta su confluencia en el Tiaso; en ella recibe el nombre de *Vasilipotamos*, y lo conserva durante el resto de su curso.

Llegamos en la montaña á la aldea de Parori, donde vimos una gran fuente llamada *Chieramo*, que brota caudalosa de la ladera de un peñasco; un sauce-lloron le presta sombra, y á su pie descuellu un inmenso plátano, en cuyo derredor nos sentamos sobre unas esteras para tomar café. Ignoro de qué punto ha sido trasladado á Misitra aquel sauce-lloron; pues es el único que he visto en Grecia. Paréceme que la opinión popular supone al *Salix Babylónica* originario del Asia Menor, siendo así que tal vez nos ha llegado de la China á través del Oriente. Lo mismo puede decirse del álamo piramidal que la Lombardía ha recibido de la Crimea y de la Georgia, y cuya familia ha sido hallada en las orillas del Mississippi, mas arriba del país de los Illineses.

Hay muchos mármoles rotos y enterrados en las inmediaciones de la fuente de Parori; en muchas se ven inscripciones cuyas letras y palabras son perceptibles; con tiempo y dinero acaso pudieran hacerse en aquel lugar algunos descubrimientos; no obstante, es muy probable que la mayor parte de aquellas inscripciones hayan sido copiadas por el abate Fourmont, que recogió trescientas cincuenta en la Laconia y la Mesenia.

Seguendo siempre la ladera del Tajeto, encontramos otra fuente denominada *Panthalama*, nombre de la piedra de que brota el agua. Sobre esta piedra se ve una escultura antigua de tosca ejecución, que representa tres ninfas bailando con guirnaldas. Finalmente, hallamos otra fuente llamada *Trizella*, sobre la cual se abre una gruta que nada ofrece digno de atención. Podrá reconocerse, si así place, la Dorcia de los antiguos en una de estas tres fuentes; pero en tal caso se hallaría demasiado lejos de Esparta.

Allí, esto es, en la fuente Trizella, nos hallamos

á la espalda de Misitra, y casi al pie del arruinado castillo que domina la ciudad, colocado en la cima de un peñasco de forma casi piramidal. Habíamos empleado ocho horas en todas nuestras correrías, y eran á la sazón las cuatro de la tarde. Abandonamos nuestros caballos y subimos á pie al castillo por el arrabal de los judíos, que da vueltas en espiral al rededor de la roca hasta el pie del castillo. Este arrabal ha sido enteramente destruido por los albaneses; solo las paredes de las casas subsisten en pie, y á través de las grietas de las puertas y las ventanas se ven las tristes señales de las llamas que han devorado aquellos antiguos asilos de la miseria. Algunos muchachos, tan perversos como los espartanos de quienes descienden, se ocultaban en aquellas ruinas, acechan al viajero y en el momento en que pasa derriban sobre él trozos de pared y fragmentos de peñascos. Yo estuve á punto de ser víctima de uno de aquellos juegos lacedemonios.

El castillo gótico que corona estas ruinas se desmorona por momentos á su vez; los espacios huecos de las troneras, las grietas formadas en las bóvedas, y las bocas de las cisternas hacen que no se camine sin peligro. No tiene puertas, ni centinelas, ni cañones, pues está completamente abandonado; pero el viajero se siente indemnizado de las molestias que le cuesta el subir á él, por la soberbia perspectiva que á sus ojos se despliega.

Mas abajo y hacia la izquierda se halla la parte destruida de Misitra, esto es, el arrabal de los judíos de que acabo de hablar. A la estremidad de este arrabal se descubre el arzobispado y la iglesia de San Dimitri, rodeados de un grupo de casas griegas adornadas de jardines.

Perpendicularmente mas abajo se dilata la parte de la ciudad llamada *Katochorion*, es decir, el arrabal mas abajo del Castillo.

Delante de *Katochorion* se encuentra el *Mesochorion*, esto es, el arrabal del medio; este encierra vastos jardines y casas turcas pintadas de verde y encarnado; véase allí también algunos bazares, kanes y mezzitas.

A la derecha, al pie del Tajeto, se ven sucesivamente las tres aldeas ó arrabales que había atravesado: Trizella, Panthalama y Parori.

De la misma ciudad salen dos torrentes: el primero se llama *Hobriopotamos*, río de los judíos, que corre entre el *Katochorion* y el *Mesochorion*.

El segundo se llama *Panthalama*, del nombre de la fuente de las Ninfas de donde brota; se reúne al *Hobriopotamos*, bastante lejos en la llanura, hacia la aldea desierta de *Magoula*. Estos dos torrentes, sobre los cuales hay un puente, han bastado á La Guilletiere para formar de ellos el Eurotas y el puente Babix.

En *Magoula*, estos dos arroyos reunidos desembocan en el río de *Magoula*, el antiguo *Cnacion*, que confluye en el Eurotas.

Visto desde el castillo de Misitra, el valle de la Laconia, es admirable; dilátase casi de Norte á Mediodía, y está rodeado hacia el Occidente por el Tajeto, y al Oriente por los montes Tornax, Baróstenes, Olimpo y Menalayon; algunas pequeñas colinas obstruyen la parte septentrional del valle, bajan hacia el Mediodía disminuyendo de altura, y van á formar con sus últimos grupos las colinas sobre que descansa Esparta. Desde esta hasta el mar se estiende una llanura no interrumpida y fértil, regada por el Eurotas (1).

Vedme, pues, encaramado sobre una almena del castillo de Misitra, descubriendo, contemplando y admirando toda la Laconia. ¿Pero cuando hablarás de Esparta? me preguntará el lector. ¿Dónde están las ruinas de esta ciudad? ¿Están encerradas en Misitra? ¿No queda algun vestigio de ellas? ¿Por qué dirigirse á

(1) Para la descripción de la Laconia, véase el lib. XIV de los *Mártires*.